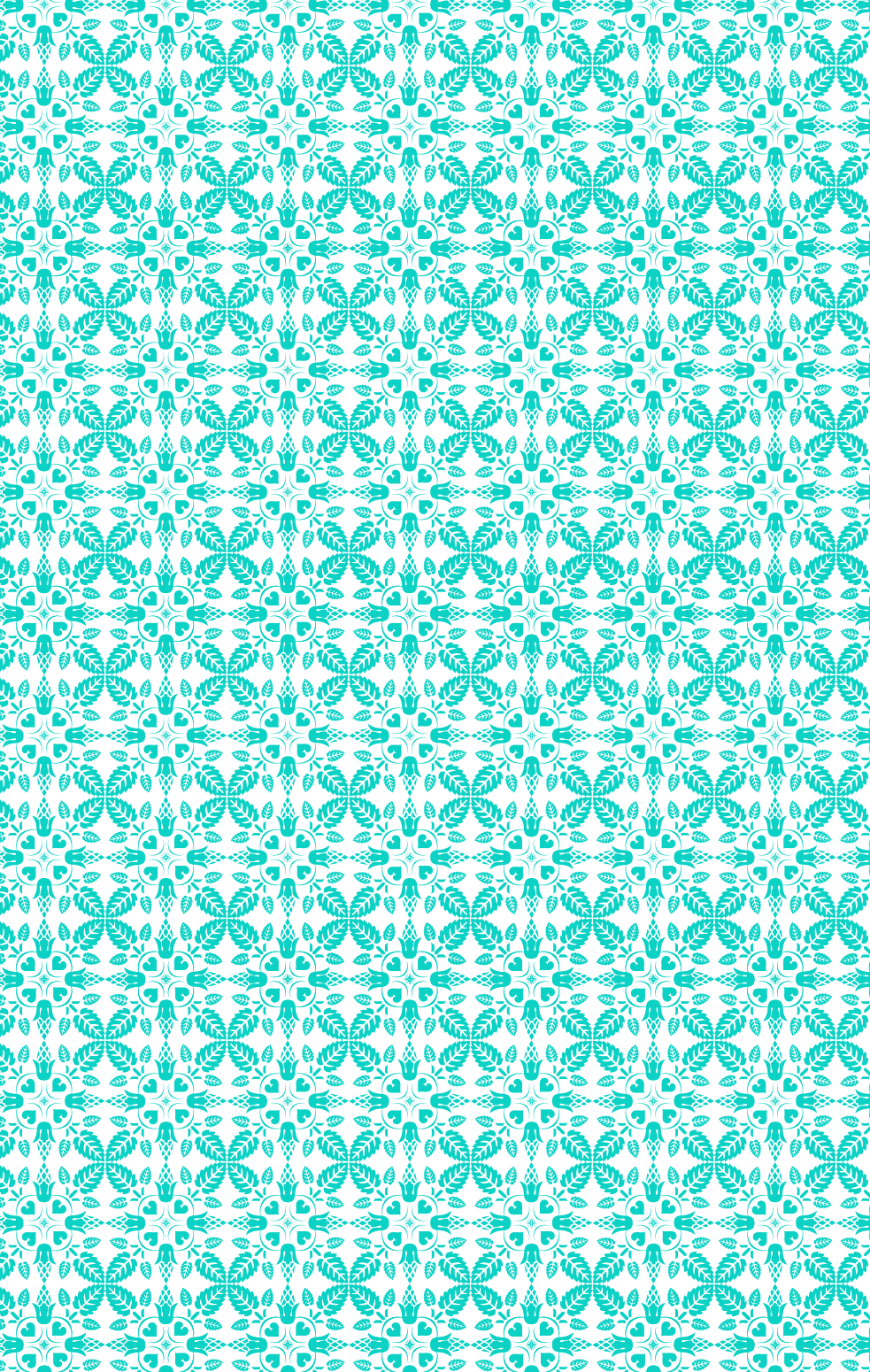
COLECCIÓN
DE POESÍA
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Ignacio Rodríguez Galván

Poesía selecta

Universidad de Guadalajara
Piensa y trabaja

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ignacio Rodríguez Galván

Poesía selecta

COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Ignacio Rodríguez Galván

Poesía selecta

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
PIENSA Y TRABAJA

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria

letras para volar
Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2017

Director de la colección
Hugo Gutiérrez Vega

Coordinadores de la colección
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred
Lucinda de Gutiérrez Vega

Autor
Ignacio Rodríguez Galván

Selección y prólogo
Marco Antonio Campos

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Marzo 2017

ISBN 978-607-742-736-0

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura "Letras para volar".

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General
Universidad de Guadalajara

Índice

11 **Ignacio Rodríguez Galván o el dolor de México**

24 **Nota**

25 **La visión de Moctezuma (Leyenda)**

43 **Profecía de Guatimoc**

62 **Al Señor don José Joaquín Pesado**

65 **A la muerte de mi amigo don Antonio Larrañaga**

69 **El Insurgente en Ulúa**

73 **El soldado ausente**

76 **(Guerra a los Galos guerra)**

78 **Bailad! Bailad!**

81 **Yo he cargado de amor el duro yugo…**

85 **Adiós oh patria mía…**

88 **Amigo, ¿quieres que en la patria mía…**

91 **¡Oh tormento feroz! — Alarcos, llora**

93 **Alarcos infeliz, vano es tu ruego**

Ignacio Rodríguez Galván o el dolor de México

MARCO ANTONIO CAMPOS

En el ensayo, "La crítica literaria en México", publicado el 9 de noviembre de 1889 en *El Universal*, Manuel Gutiérrez Nájera recuerda, en una simpática dicotomía, la polémica literaria y la lucha política de conservadores y liberales al dividirlos en "iturbidistas" y "juaristas", es decir, los que escriben castizamente y los que escriben sin gramáticas pero con verdadera pasión. Y al defender a Prieto, sentencia: "A [Prieto] le faltan imágenes y acentos; a ellos les faltan imágenes e ideas".

Si hojeamos el calendario décadas atrás, hacia los años treinta y cuarenta del siglo XX, quienes mejor podrían encarar esta dicotomía, nos parece, son el Conde de la Cortina e Ignacio Rodríguez Galván, o sea, podría hablarse de "condedelacortinistas" y de "rodríguezgalvanistas". Entre los primeros, quizá el poeta representativo sería José Joaquín Pesado; entre los segundos, el propio Rodríguez Galván[1] y, si se quiere ampliar, también Fernando Calderón.

[1] En un artículo necrológico de 1842 ("Un poeta"), el propio Prieto recuerda que en el primer poema que Ignacio

Los puros de la crítica de la poesía y los poetas de alma traslúcida suelen decir que la poesía no debe contaminarse de los avatares políticos y de las laceraciones sociales; se olvida que, al menos en México, la mejor poesía que se escribió en los años post independentistas fue en gran medida la poesía que respondía a los hechos políticos y sociales inmediatos. Basta ver la notable antología del siglo XIX de José Emilio Pacheco: los poemas más auténticos y emotivos de los prerrománticos y de los primeros románticos son los políticos. ¿Qué composiciones en otros géneros poéticos de la época igualan en intensidad a la "Oda al 16 de septiembre" de Andrés Quintana Roo, negación de tres siglos de tiranía española y pan de fuego en la mesa por la esperanza del país que nace, o "La coronación de

Rodríguez Galván envió en 1836 a la Academia de Letrán para solicitar su ingreso, sus versos eran incorrectos pero se notaban atisbos de originalidad. "Eran como los bocetos informes de la mano de Rafael", escribió con noble exageración. Cuando en 1837 el Conde de la Cortina publica su devastador folleto contra los poemas de varios de los jóvenes lateranenses, Rodríguez Galván, como prueba Fernando Tola, le contestó alusivamente al menos tres veces: en la cita de Malon de Chaide que sirve como epígrafe al anuario *El Año Nuevo de 1838*, en la nota de presentación de dicho anuario y en una suerte de deliciosa crónica-ensayo titulada "Un coplero mexicano del siglo XIX". Guillermo Prieto, creemos, no representa al primer romanticismo mexicano; tengo para mí que representa el siglo.

Iturbide" de Francisco Ortega, agria diatriba al libertador por la traición inmediata de sus ideales, o "El sueño del tirano" de Fernando Calderón, atroz dibujo de los espantosos ensueños y las pesadillas macabras del déspota, o la "Profecía de Guatimoc" de Ignacio Rodríguez Galván, sombría visión de la realidad mexicana amenazada por las fuertes naciones del periodo y por las abrumadoras disensiones internas, o "México en 1847" de Manuel Carpio, afligido recuento de las desgracias de aquel aciago año.

Rodríguez hizo toda su obra en escasos siete años: de 1835 a 1842. Cuando empieza a escribir tiene 17 años de edad y México apenas 14 de ser independiente. Sin embargo, el país ya ha conocido exasperantes discordias civiles entre conservadores y liberales, golpes de estado, continuos pronunciamientos, caprichosas imposiciones del ejército, y un pueblo quieto apenas interesado por las luchas de las facciones en la cúpula y por la desintegración del país. Desde 1829, luego de las elecciones donde ganó Gómez Pedraza a Vicente Guerrero, del motín de la Acordada y del saqueo del Parián, hasta el advenimiento de la República Restaurada, el país se debatió entre dictadura y anarquía, guerras intestinas y coaliciones efímeras, repitiéndose en el aire espectral por cosa de 40 años la figura corroída de Antonio López de Santa Anna. Desde 1835 tocaría a Rodríguez Galván ser testigo de la rabiosa reacción centralista encabezada por Santa Anna contra las reformas

liberales de Valentín Gómez Farías (la cual motivó la resistencia del gobierno texano exigiendo una activa autonomía), la guerra de Texas con las grandes felonías de Santa Anna para salvar el pellejo, la irrisoria y humillante Guerra de los Pasteles, el fallido golpe de estado del 15 de julio de 1840 llevado a cabo por el general Urrea y Valentín Gómez Farías contra el gobierno de Anastasio Bustamante, la nueva dictadura de Santa Anna. En este último lapso es cuando Rodríguez Galván, gracias al apoyo del ministro de la Guerra, José María Tornel, ex miembro de la Academia de Letrán, obtiene en febrero de 1842 el cargo de oficial de legación ante los gobiernos sudamericanos. La designación está firmada por el presidente Santa Anna y el ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación José María Bocanegra. Tuvo que beber ese cáliz y dar las gracias a los dos.

El 15 de mayo sale del puerto de Veracruz y muere en La Habana, a causa del vómito negro, el 25 de julio. Rodríguez tenía 26 años y tres meses. Dentro de un sinfín de desventuras, se ahorró ver los dos años de desastre santanista, la definitiva pérdida de Texas, y peor, la invasión estadunidense y el tajo de medio país.

Desde los años treinta, el tirano por excelencia lo representaba Santa Anna. No había otro. No pudo serlo (apenas gobernó poco menos de un año) Agustín de Iturbide, y no lo fueron Guadalupe Victoria, ni Vicente Guerrero, ni Anastasio Bustamante, ni Gómez Pedraza, ni Valentín Gómez Farías. No en balde, José

María Heredia, quien fue amigo de Santa Anna, luego de la batalla de Guadalupe, Zacatecas, de mayo de 1835 —donde Fernando Calderón resultó herido en la cabeza— escribió un indignado poema contra el nuevo déspota que se enorgullecía de matar hermanos y donde es fácil reconocer al aludido; no en balde Fernando Calderón lo tomó de modelo para "El sueño del tirano", el cual, menos que un sueño, es una sangrienta pesadilla shakesperiana, donde el dictador ha creado con sus crímenes un lago de sangre y ha dejado una fila alucinante de viudas y huérfanos.

Rodríguez tuvo —parafraseo una definición de Unamuno— "el dolor de México". Por su emoción, Rodríguez sería ante todo el poeta político por antonomasia del primer romanticismo mexicano, y si me dejan extenderme, de todo el siglo XIX. En la época solía llamársele poeta civil o poeta nacional; en la jerigonza moderna lo llamaríamos "poeta comprometido" o "poeta contestatario". Ningún poeta de entonces utilizó tanto en sus poemas la palabra México, o dicho con cierta ortografía decimonónica, Méjico o Mégico. Sus amigos comentaban que nadie entre ellos tenía más aversión por la política que Rodríguez, pero nadie como él se lamentaba tanto por las desventuras y miserias de la patria. No parece haber estado nunca en sus planes la mínima militancia o participación partidista; su emoción y su fuerza estaban en la áspera denuncia y en el ataque agrio. María del Carmen Ruiz Castañeda, con su

precisión habitual, escribe a propósito: "Se olvida que él sintió, como ningún escritor de su tiempo, la situación política y social de su país y respondió como ninguno a los estímulos del medio. Absolutamente apolítico como individuo, no lo fue como poeta. No sólo en sus dramas sino en su lírica se advierte la indignación y la zozobra, el profundo abatimiento del poeta desgarrado por el espectáculo de una sociedad desmoralizada, convertida en botín de las facciones y amagada por la codicia extranjera".[2]

En su lírica, Rodríguez trató asuntos de la Conquista, de la Colonia, de la Guerra de Independencia y de los años post independentistas. En sus poemas mexicanos hay la irritada desesperación frente a las discordias civiles y las luchas fratricidas, el horror frente a la guerra como carnicería, el lamento por la ausencia de héroes a la altura del arte, el dolor por las derrotas militares ante ejércitos extranjeros, la reprobación como un escupitajo contra la abyecta soldadesca —cáncer que royó el cuerpo mexicano del siglo XIX—, y el asco hacia una iglesia antipatriótica, envilecida y solapadora de tiranos, el desprecio a la voracidad enferma del magnate y hacia el poeta civil y el preceptista árido, pero, sobre todo, hay el odio a la tiranía y la búsqueda del

[2] *El recreo de las familias*. Edición facsimilar y estudio preliminar de María del Carmen Ruiz Castañeda. UNAM, 1995. Pág. XXXVI.

aire y el fuego hecho el sueño de la libertad. Mil veces preferible escribir *El Quijote* que poseer el trono de Felipe II. La verdadera gloria, la gloria legítima a la que debe aspirar el hombre, era, para él, la que la Ciencia y el Arte coronan. "Se halla tan solo puerto / en el saber sublime", dijo él magníficamente. Para el pacifista Ignacio Rodríguez Galván, la única guerra justificable era la hecha por la defensa y la integridad del país. No es otro el fondo de sus poemas sobre la Independencia (1810-1821), la Guerra de Texas (1936) y la Guerra de los Pasteles (1838-1839). Todo es por la "querida patria", por la "patria dorada", por la "tierra de amor".

Era explicable su ambición de gloria. Huérfano, pobrísimo, sin educación escolar ni social, amargo y resentido, bíblicamente triste hasta la muerte, pero con un corazón grandioso y puro, este "apóstol del romanticismo", como lo llamó Gustavo Baz',[3] con todos sus patéticos disfraces y llantos fingidos, debió buscar asideros para no precipitarse a la sima. Esos asideros, me parece, fueron la poesía, la amistad, el anhelo de amor, el afán de gloria y el fervor por México. O si se quiere aún reducir: el ansia de amor, el sentimiento de la amistad y la ambición de ser un gran poeta para alcanzar la gloria y dar fulgor a México. En lo primero, en el amor, su vida fue como un oscuro túnel apenas iluminado por el fulgor mustio de una joven melancólica e inal-

[3] *El Domingo*. Tomo II, México, 1873. Págs. 18-19.

canzable: la sobria y bella actriz Soledad Cordero. Un mundo donde el autoengaño y las alas rápidas de la ilusión colmaban las horas vacías del primero de nuestros románticos. Y nada resultó. En un poema de Ramón I. Alcaraz,[4] escrito en 1942. "En la muerte del poeta don Ignacio Rodríguez Galván", leemos:

Una virgen no encontraste
Pura, cual tú la ideabas,
Ni cual en tu amor soñabas
Encontraste una mujer;
Y la historia de tu vida
Tal vez pasó sin amores,
Acaso entre los horrores
De continuo padecer…

En lo segundo, aunque fue amigo de casi toda la intelectualidad de la época, sintió no pocas veces que la verdadera y pura amistad le fue vedada. Esto lo dejó grabado con resentimiento en poemas como "Profecía de Guatimoc". En la primera parte del poema dijo que amistad sincera había buscado entre los hombres pero sólo había hallado "perfidia y falsedad", y en la tercera parte hace que le diga terriblemente el último tlatoani:

[4] *Poesías* de Ramón I Alcaraz. Tomo I. Imprenta de Ignacio Cumplido, 1860. Pág. 9.

Amigo buscarás y amante pura;
Mas a la suerte plugo
Que halles en ella bárbara tortura
Y en él feroz verdugo.

¿Hasta dónde es cierto esto? Conoció y trató a jóvenes poetas y escritores de su edad, o poco mayores o poco menores, como Guillermo Prieto, Fernando Calderón, Manuel Payno, Luis Martínez de Castro, Eulalio María Ortega, Antonio Larrañaga, Joaquín Navarro y Ramón I. Alcaraz. A algunos les dedicó aun poemas donde los llama "amigos". Cuando muere varios de ellos escribieron poemas, páginas o artículos en su memoria. No hay uno solo donde no se le recuerde con afectuosa pena y se lamente la pérdida de un poeta que prometía todo. Juzgue, pues, lector.

En tercero, en su ansia de gloria para dar fulguración a la patria, terminó pronto en la callada y melancólica convicción de que no era suyo el estro. Hacia el final de su parva vida sintió que no era ni sería el gran poeta que pensó que podía llegar a ser, y por ende, la gloria sería oro oculto. En versos que dejan estrías en el alma, al hablar con el fantasma de José María Heredia, hermano mayor y alma gemela, le dice:

Si no heredé tu numen elocuente
Tu mala estrella sí.

Rodríguez era injusto consigo mismo; no se daba cuenta que ya había escrito el gran poema mexicano de la época y estaba aún por escribir cinco o seis de amarga y desoladora intensidad.

El domingo 12 de junio de 1842, parte de New Orleans hacia Cuba. En el trayecto redacta "Adiós, oh patria mía", la canción de separación del país natal. En versos descorazonados como: "Así como hoy la luna / en México lucía", y en el ritornelo nostálgico; "Adiós, oh patria mía, / adiós, tierra de amor", se evidencia su sentido de detentación íntima y de tierno sentimiento. Pero hasta ahí. No más. Ya no hubo amor ni simpatía por México. Dos días después, ya en La Habana, la visión y la crítica se ennegrecen. Escribe el poema que empieza: "Amigo, quieres que en la patria mía…". Este poema y los últimos fechados en junio de 1842 se hallan entre los más duros y ásperos de nuestro primer romanticismo. Nadie escapa a sus ataques: ni el pueblo ignaro e indolente, ni el cortesano que sólo aspira a ser un nuevo déspota, ni el clero hipócrita y oportunista, ni el poeta abyecto. México mismo, pese a tener apenas 21 años de ser independiente, es ya una "nación en agonía". Se cae a pedazos. En el país no cabe la virtud y ni siquiera el hombre puede aspirar al mérito de ser héroe o mártir. No vale la pena ni alzar la frente porque se terminará inclinándola ante el pueblo envilecido o ante el poderoso. Pero entonces ¿qué hacer?, ¿qué conducta adoptarse? La respuesta es desconsoladora:

O callar o llorar —no queda medio.
Indignado estrellar la torpe lira.

En suma, la impotencia absoluta: ya ni como artista ni como ciudadano puede hacerse algo por un país perdido. La única salvación, lo único que puede pedirse, es el arribo de "un tirano sin máscara ni freno, para despertar a la nación".

Los dos últimos poemas, o mejor dicho, las dos últimas versiones de un mismo poema, que su hermano Antonio puso al final de la poesía lírica en 1851 en la primera edición de las *Obras completas* —una escrita en cuartetas y otra en octavas—, son variaciones sobre un mismo tema, y son, líricamente, concentradas y poderosas. Se trata de consejos al poeta cubano Jacinto Milanés para que no aspire a ser laureado en su patria y busque tierra de libertad donde desarrollar su numen. Pero esa tierra de libertad no es México. En ambos poemas surge la figura fantasmal del poeta cubano José María Heredia para subrayar que nuestro país le fue terrible y fatídico. En una cuarteta de la primera versión señala a México como el "maldito puerto":

No empero el suelo pises triste y yerto
Do el hermano al hermano hunde el puñal,
Ni mucho menos el maldito puerto
Que a Heredia fue fatal.

En la segunda versión, que es más vehemente y armoniosa que la primera, hay una octava donde el "maldito puerto" se vuelve "el país maldito":

Mas huye a donde entronizado ondea
De libertad el estandarte al viento,
Que de tiranos el impuro aliento
Al genio daña y lo marchita en flor.
No empero pises las sangrientas playas
Do la discordia lanza horrendo grito,
Ni mucho menos el país maldito
Que a Heredia fue de luto y de dolor.

No deja de ser doloroso para aquellos que tenemos por él una honda simpatía patética y sentimos que con su muerte anticipada se cortó el hilo de una golondrina de alto vuelo, leer tales anatemas y estigmas. Pero ante todo debemos comprender. Debe comprenderse en ese momento el desconsuelo extremo de un joven de corazón roto: por los recuerdos hostiles de la patria apenas dejada atrás, por el amor de la actriz radicalmente imposible y quizá por los primeros síntomas de la enfermedad que lo llevaría a la muerte. "Muy joven soy todavía", había escrito dos meses antes al partir de Xalapa. No tenía voluntad de morir.

Rodríguez Galván murió el 25 de julio de 1842. No hay ningún poema suyo fechado en julio. ¿Pudo modificar entonces, de haber escrito algo, su posición

ante México y los mexicanos? Es imposible saberlo. Lo cierto es que su adiós a México fue del todo y definitivo; ni siquiera su cuerpo volvió a nuestro país. El poeta cubano Antonio Bachiller, para evitar que fuera arrojado al obsceno hacinamiento de la fosa común, lo hizo enterrar dentro de la cripta familiar en el panteón de La Espada de La Habana, Cuba, el mismo donde sería enterrado en 1869 otro compañero lateranense, uno de los cuatro fundadores de la Academia de Letrán, José María Lacunza, quien falleció también a causa del vómito negro y quien había llegado exiliado a La Habana dos años antes debido a su triste militancia maximilianista.

De ambos no quedó ni polvo; el cementerio lo borró el mar. Pero si se perdía con Rodríguez, para decirlo con Gutiérrez Nájera, "algo muy luminoso" para la poesía, también era cierto que "no moriría del todo". Pese a creer que su numen no tenía la altura ni el fulgor únicos de José María Heredia, sabía muy bien que:

> Algunas efusiones de mi musa
> Me sobrevivirán, y mi sepulcro
> No ha de guardarme entero.

Nota

La selección de poemas incluida a continuación no sigue el orden de la edición de 1851 preparada por Antonio Rodríguez Galván. Busca más una secuencia histórica y una afinidad temática. He tratado de respetar en la transcripción de los poemas, hasta donde me fue posible la ortografía y la puntuación de la época (MAC).

La visión de Moctezuma (Leyenda)

Hay un imperio que gastado cae,
Que harán polvo los cascos del bridón.
S. Bermúdez de Castro

Señores don Antonio y
Don Luis Martínez de Castro

Casa de ustedes, marzo 3 de 1842

Apreciables amigos míos: En un libro manuscrito que cayó en mis manos hace poco, había, entre varias leyendas, la que a continuación copio. Una nota decía que era traducción del mejicano, y que el original estaba en verso y prosa como la versión. Yo no creo esto, y sí que es obra de dos manos, y aun de tres, pues los epígrafes, como fácilmente se ve, han sido puestos de pocos años a esta parte. Algunos amigos míos creen que la leyenda, sin epígrafe ninguno, fue escrita hace lo menos un siglo por un hombre solo, el cual, dicen ellos, no debía de tener los sesos muy en su lugar. —Como quiera que sea, en muestra de cariño, y más bien como una antigualla que como obra de poesía, dígnense ustedes admirarla, así como el afecto de su sincero amigo.

Ygnacio Rodríguez Galván

Paso primero
El tributo

I Franchi! Fuggiamo!
Manzoni

El sol declina a Occidente
Entre nubes de carmín,
Y el lejano confín
Alumbra pálidamente.
La faz de la tierra viste
Pardo ropaje de duelo:
Triste está el desierto cielo,
Triste el monte, el valle triste.
Y al mejicano abatido
Mina el alma la tristeza,
E inclinada la cabeza
Comprime un ronco gemido.
Ni da a entender su dolor,
Ni al cielo un suspiro manda,
Que sangre su Dios demanda
Y sangre el emperador.

Orillas de la ciudad
Hay una humilde cabaña:
Fachada tosca y extraña,
En ruinas ya por la edad.

Sentada a su puerta está
Una mujer indigente:
Los años rugan su frente,
Sus ojos se apagan ya.
Sus miembros mal encubiertos
Por harapos destrozados;
Y sus brazos descarnados,
Desnudos, secos y yertos.
En viva meditación
Sumergida está su idea;
Y contra el pecho golpea
Su ya tibio corazón.
Del indio a la dura suerte
Busca en su mente remedio;
Y conoce que no hay medio
Entre el tirano y la muerte.
Moctezuma es solo dueño
De cuanto Méjico encierra:
Suya la vida, la tierra
Y hasta el grano más pequeño.
La vieja en tanto sufrir
Vencida es por el dolor;
Y sus labios sin color
Profieren: "¡Morir! ¡morir!".

Óyese el remo liviano
De una canoa sonar.

¿Cómo poderlo dudar?
¡Son esbirros del tirano!
  "¡Teyolia! ¡Teyolia! —llega,
¡De esclavos cuadrilla impía!
¡Ven! ¡huyamos hija mía!"
Dice la mujer, y ciega
  Por el temor, se levanta,
Y va a correr —¡tarde es ya!
Cerca la cuadrilla está.
Se hiela su tosca planta.
  Su faz se cubre de luto;
Hablar quiere y enmudece;
Y sólo a señas parece
Decir: "¿Qué queréis?" —"Tributo".
  —"¿Tributo en tal indigencia?
Soy una infeliz mujer".
—"Nada tenemos que ver".
—"¡Clemencia, señor, clemencia!"
  —"Nelixtli, el tributo danos,
O morir será tu suerte".
—"¡Ah, señor!" —"Tributo, o muerte".
—"¡Perdón!" —"¡El tributo! ¡vamos!".
  Postrada la vieja está,
Y se retuerce las manos,
Y gime, ¡gemidos vanos!
Pues nada conseguirá.
  Oye injuria tras de injuria
Y siente un golpe de muerte,

Y sangre a raudales vierte,
Y es arrastrada con furia.
  Pero a sus gritos agudos
Nadie viene a socorrerla
Los hombres pasan, al verla,
Medrosos, rápidos, mudos.
  "¡Teyolia! muero a la saña
Desta cuadrilla feroz".
—"¡Madre!" responde una voz
Del fondo de la cabaña.

Paso segundo
El emperador

Esclavos, padeced!
Salvador Bermúdez de Castro

  Teyolia aparece luego
De la cabaña a la puerta,
Y a la furiosa cuadrilla
Se precipita violenta.
  —Ligero talle tenía,
Cintura airosa y esbelta,
Grandes y vivaces ojos,
Faz entre blanca y morena.
  Sobre su desnuda espalda
Y su seno de doncella,

Vagaba suelta y sin orden
La su negra cabellera.
  Graciosos eran sus labios,
Su frente elevada y tersa;
Y en su mirar humildoso
Se pintaba su modestia.
  Mas en su faz se veía
Extraña y confusa mezcla
De lánguido encogimiento
Y de elevada altiveza,
  Que mostraban que sentía
El peso de su miseria,
Y el valor que da a las almas
La virtud y la inocencia.
  Su cuerpo a medias cubría
Vestido de burda tela,
Bordado con anchas plumas,
Y conchas y azules piedras:
  De piedras los brazaletes,
Y de piedras las pulseras;
Y con el viento ondeaban
Dos plumas en su cabeza.
  —Esta beldad merecía
Vivir en rica opulencia,
Que verla tan infelice
Daba compasión y pena.
  Mas la fortuna traidora
Prodiga al necio riquezas,

Y al mérito lo sepulta
En abandono y miseria.

Atónitos los sayones
La ven salir a la puerta,
Y dudan si es ente humano
O visión celeste y bella.
La joven rápida corre,
Alza del suelo a la vieja,
Y "¡vamos de aquí!" le grita
Con fuerte voz y resuelta.
Pero vueltos de su pasmo
Los hombres, las atropellan.
Y con la anciana y la joven
Dan furibundos en tierra.
Las infelices al viento
Lanzan penetrantes quejas,
Y su furia los verdugos
Más y más en ellas ceban.—
¡Barbarie digna de brutos!
¡De brutos maldad horrenda!
¿Por qué los hombres a veces
Iguales son a las bestias?

Óyese música dulce
Y armoniosa cantilena,
Y los remos, que las aguas
Y las canoas golpean.

Tal música y tales cantos
Contrastan con esta escena:
Así junto a nube oscura
Cintila brillante estrella.
Surcan las movibles aguas
Varias canoas ligeras,
De flores, plumas y pieles
Y pabellones cubiertas.
Una más grande, adornada
Con más esmero y riqueza,
En medio viene, cargando
De mujeres turba inmensa.
Tocan unas, cantan otras,
Y las más la planta bella.

Mueven en danza festiva
Con mil mudanzas y muecas.
El corazón, al mirarlas,
Palpita de amor, se alegra,
Y en una mar de ilusiones
Inquieta el alma navega.
Mas no así el hombre que, solo,
En medio a tanta belleza,
Recostado en almohadones
Cavila en tristes ideas.
Indiferente parece
A la cortesana fiesta,
Y sus amarillos ojos
Pesadamente se cierran.

Su semblante palidece,
Y luego una mano aprieta,
Y trabajado respiro
De su pecho sale y entra.
¿Y qué es lo que allá en su mente
Le mortifica y aqueja?
Ni él lo sabe. —En su alma habitan
Tedio, cansancio, indolencia.
Es su existir como la hora
De la tarde soñolienta
En que se extienden las sombras
Por la entristecida esfera;
Y que en reedor pardos bultos
Alcanza la vista apenas,
Y visiones pavorosas
Al corazón amedrentan.

Si muere con el hielo
La rozagante flor,
Jamás, hijo del cielo,
Sombra alguna reciba
Tu brillante esplendor.
¡VIVA!
¡Viva el emperador!

Tú que eres rey de reyes,
Absorbes nuestro amor.
En ti, que das las leyes,

De la natura estriba
El lozano verdor.
¡VIVA!
¡Viva el emperador!

Tal es el bárbaro canto
De adulación y bajeza
Con que al tirano monarca
Divierte la turba aquella.
Los sonidos armoniosos
A hondos gemidos se mezclan,
Y la extraña consonancia
Volando al monarca llega.
—"¿Quién de esos gritos?", pregunta
—"Vienen, gran Señor, de tierra".
—"Boguen allá las canoas".
Y bogan allá violentas.

Espectáculo inhumano
Al monarca se presenta,
Espectáculo que a un tigre,
A un mármol enterneciera.
Pero no así a Moctezuma,
El cual dice en voz bien recia:
"La joven a mi palacio;
Dejad en paz a la vieja".
Sigue el séquito su curso,
Y continúa la fiesta.

Por los sayones infames
Se ejecuta la sentencia.
  Teyolia en una canoa
Entristecida navega;
Y la anciana desdichada
En tierra llorando queda.

  Ya se mesa entre lamentos
La nevada cabellera,
Ya tiende a su hija los brazos
Y da con los pies en tierra.
  "¡Oh rey! ¡oh rey!", ronca exclama
Como loca se pasea
Y al cabo "¡Teyolia!" grita,
Y al lago salta resuelta.
  Flota por unos momentos
En convulsiones horrendas,
Se sumerge y reaparece
Y las olas se la llevan.

Paso tercero
Transformación

En su belleza descubro
Un esqueleto
Calderón — El mágico prodigioso

Regio salón presentaste a mi vista,
Cubierto de oro el techo y pavimento;
En las paredes, de bruñidas piedras,
Plumas, y conchas, y pintados lienzos.
Un hombre allá en el fondo se divisa
De triste faz, meditabundo aspecto,
Reposando asentado, y la cabeza
Casi cargada en el desnudo pecho.
Tan divagado está, tan sumergido
En la alterada mar del pensamiento,
Que no escucha el crujir de puerta que abren,
Ni ve que entra Teyolia a paso lento.
Se detiene la joven. —Su semblante,
Por el temor, desencajado y muerto,
Trémulo el pie, los ojos espantados,
Las manos recogidas sobre el seno,
Desgreñada la negra cabellera,
El labio tembloroso y entreabierto
Dejando paso al lánguido respiro
Que se desliza del llagado pecho.
Alza la vista el rey por aventura,
Y la descubre, y la examina atento.

Treme Teyolia, de rodillas cae
En actitud de súplica y de miedo.
  Y se levanta el rey, y la acaricia,
Y, lleno de bondad, la presta aliento,
Y algo descubre en ella que le encanta,
Y le deleita, y le arrebata al cielo.
  "Cese ya tu temor. Fortuna y dicha
Esperándote están en el imperio".
Dice el monarca con meloso tono;
Mas la joven no rompe su silencio.
  "Perdida tú en el mar de la existencia,
Abandonada flor en el desierto,
Sólo has visto la noche de la vida:
Ya te espera la luz —yo te la ofrezco".
  "Mil bellezas envidian del monarca
Una caricia, una palabra al menos,
Yo el corazón te doy, te doy la vida,
Yo, de los dioses desterrado nieto".
  Por un mágico impulso retrocede
Teyolia, y dice en lastimero acento:
"¡Oh rey! ¡rey infeliz —y por su rostro
Corre su llanto compasivo y tierno.
  El monarca la sigue convulsivo,
Y la toma de un brazo; —y con horrendo
Alarido se aparta, que su mano
Siente el ardor de encandecido hierro.
  "¿Quién eres tú, pregunta, tú que enciendes
En mis venas de amor el vivo fuego,
Y que grato placer, y horror y angustias

Me inspiras, y terror a un mismo tiempo?"
Da un gemido la joven. —Como sombra
Se desvanece, y se la lleva el viento.
"¡Oh rey! ¡rey infeliz!", su voz pronuncia;
"¡Oh rey! ¡rey infeliz!", repite el eco.

Vértigo horrible acomete al monarca; tiende los brazos buscando un apoyo; ciérranse sus ojos, vacila, cae; y sólo da señales de vida por el ronco estertor de su pecho y la convulsa agitación de sus miembros.

Respira al cabo. —Siente en su corazón una mano de hielo, y en sus labios una áspera boca que intenta darle calor. Álzanse lánguidamente sus párpados, y ve hincada ante él una mujer —la madre de TEYOLIA.

"¿Te lanza la muerte por darme tormento?
Ahuyéntate sombra y déjame en paz".
—"Espera, monarca, espera un momento".
Y horrible sonrisa contrajo su faz.
—"¿Qué quieres?" —"Levanta." —"¿Qué quieres?"
—"Escucha".
—"¿Prestáronte acaso los dioses poder?"
"¿Qué siente tu pecho?" —"Ardor, pena mucha"
(La vieja sonríe). —"¡Maldita mujer!"

Paso cuarto
Panorama

¡Ay del pueblo!
Pesado

—"Monarca, ¿cuál fue tu destino al venir al mundo?... ¿Gozar?... ¿Cuál fue el destino de tu pueblo?... ¿Padecer? —Y los montes, los campos, el Sol, la naturaleza toda ¿ha sido creada para ti? ¿nada para los demás? —Encerrado tú en tu palacio, cercado de mujeres hermosas, de esclavos, de opulencia, pensabas sólo en el placer; y en tanto el pueblo empapaba las mieses con su sudor y se arrastraba en la miseria. Tú lo oprimías, tú regabas la tierra con su sangre, tú eras sordo a su dolor, sordo a su mendicidad; y los hombres eran insectos que hollabas bajo tus pies, y tú no te curabas dello. —Un monarca es un padre de familia; si se convierte en verdugo, sus hijos le matarán, si no sus hijos, el cielo. —Tu hora llegó —aguárdante ya desesperación y muerte. Fuiste roca a los gemidos de tu pueblo; tus gemidos se perderán en el viento; —fuiste insensible a su llanto: tu llanto correrá, y correrá en vano; —encadenaste a tus súbditos: pesadas cadenas ceñirán tus pies; —arrebataste sus hijas: verás las tuyas en extraño poder; —humillaste los hombres; te arrastrarás ante un aventurero; —derramaste inocente sangre: tu sangre será hollada en tu palacio mismo, y tu cadáver rodará polvoroso por

los salones que te han visto en brazos del deleite. —He aquí tu nuevo destino. —Tu hora llegó —aguárdante ya desesperación y muerte.

El rey quería hablar, implorar perdón, arrodillarse, mas no podía. —Su sangre estaba suspendida, su cabeza era un alterado mar.

—"Mira", le dice la mujer.

El monarca abre los ojos; y sorprendido ve que se halla en la pendiente de una árida montaña; áridas montañas le cercan: ni animales ni plantas crecen en aquel ingrato suelo; el viento gime en las grietas de las rocas; de cuando en cuando resuena el eco del peñón que se derrumba, cual si fuera el martillo de la muerte que marca los instantes de la existencia, los rayos fríos de un Sol moribundo alumbran oblicuamente aquel lugar de maldición. A los pies del monarca está un abismo profundo, de cuyas paredes chorrea sangre negra que forma una pesada laguna, cuyas orillas están cubiertas de huesos humanos. Sobre ellos se arrastra un águila herida y sedienta: apaga su sed en la sangre —en horribles convulsiones espira —una ola la arrebata, y la lleva rodando por la superficie del lago, y la sumerge—.

La vieja ríe; tiembla el monarca, y aparta la vista a otro lugar.

Un valle —amarillentas colinas lo cercan, oscuros lagos, tronchados árboles. —El viento gime con horrible monotonía; los rayos del Sol se pierden en un amarillo cielo; una sola nube revolotea en el viento, como un

buitre que se arroja sobre su presa. —El pueblo corre espantado —los esposos abandonan a sus esposas, los adultos a sus ancianos padres, las madres a sus hijuelos. —Todo es confusión, gemidos, desesperación… Encima de un pelado cerro retumba el estallido de un trueno, y luego lastima los oídos un zumbido extraño y desapacible, como el chirrido de muchas aves nocturnas… Mujeres, ancianos y niños caen como heridos del rayo. Y luego aparecen singulares gentes sobre animales fogosos y veloces; y estas gentes se lanzan sobre el pueblo, y el brillo de sus espadas se convierte a poco en rojo color. Y los animales pisan a los hombres aún no muertos, y a su peso las carnes y los huesos crujen deshechos con extraño rumor… Una de aquellas gentes trae por única arma un madero —es la imagen del suplicio en que pereció un hombre que trajo al mundo la caridad y la libertad —ahora es enseña de destrucción y de matanza…

A tal espectáculo la lágrima del infeliz quemó por vez primera el semblante de Moctezuma. El rostro de la vieja misma cubrióse de tinieblas; y a su pesar sus ojos cerráronse horrorizados.

Es la noche. —Por entre las roturas de una nube, despide la Luna rayos de pálida luz —el campo está cubierto de cadáveres y huesos humanos —óyese el ruido del viento, que silva en las cavidades de los cráneos, y el aleteo de negras aves que saltan de cadáver en cadáver y tiran con sus afilados picos de las maceradas carnes.

A lo lejos sollozos y suspiros; en los aires las siniestras risadas de los espíritus del mal. Las alas inmensas de la muerte arrojan, al agitarse, aires impuros y contagiosos. La peste se pasea regocijada dejando caer al suelo gotas de sudor ponzoñoso. Bajo de tierra retumba un bramido, como el de muchas aguas en furor…

Por otra parte descúbrese un salón iluminado: en él muchos hombres en espléndido banquete. El ruido de las copas se mezcla a las canciones de impureza. Un hombre de vestido talar entona un himno sagrado, y aquellos hombres sacrílegos responden en coros de impiedad. Las hijas del emperador sirven aquella cena de escándalo, y sufren sollozando los brutales insultos de los más audaces…

…El monarca no soporta más —cae como peñón que se desprende de una montaña.

Se abren sus ojos, y giran…
Está en su trono sentado,
De muchos hombres cercado,
Que confundidos le miran.
Uno dellos se adelanta,
Y se postra ante su planta,
Y con una voz que espanta
Temblando comienza a hablar.
—"En castillos colosales
Unos seres inmortales,
Sobre extraños animales,
Lanzó a nuestra costa el mar…"

Profecía de Guatimoc

No fue más que un sueño de la
noche que se disipó con la aurora.
S. J. Crisóstomo

I

Tras negros nubarrones asomaba
Pálido rayo de luciente luna,
Tenuemente blanqueando los peñascos
Que de Chapultepec la falda visten.
Cenicientos a trechos, amarillos,
O cubiertos de musgo verdinegro
A trechos se miraban; y la vista
De los lugares de profundas sombras
Con terror y respeto se apartaba.
Los corpulentos árboles ancianos,
En cuya frente siglos mil reposan,
Sus canas venerables conmovían
De viento leve el delicado soplo,
O al aleteo de nocturno cuervo,
Que tal vez descendiendo en vuelo rápido
Rizaba con sus alas sacudidas
Las cristalinas aguas de la alberca,

En donde se mecía blandamente
La imagen de las nubes retratadas
En su luciente espejo. Las llanuras
Y las lejanas lomas repetían
El aullido siniestro de los lobos,
O el balar lastimoso del cordero,
O del toro el bramido prolongado.
¡Oh soledad, mi bien, yo te saludo!
¡Cómo se eleva el corazón del triste
Cuando en tu seno bienhechor su llanto
Consigue derramar! Huyendo al mundo
Me acojo a ti. Recíbeme, y piadosa
Divierte mi dolor, templa mi pena.
Alza mi corazón a lo infinito,
El velo rasga de futuros tiempos,
Templa mi lira, y de los sacros vates
Dame la inspiración.

Nada en el mundo,
Nada encontré que el tedio y el disgusto
De vivir arrancara de mi pecho.
Mi pobre madre descendió a la tumba,
Y a mi padre infeliz dejé, buscando
Un lecho y pan en la piedad ajena:
El sudor de mi faz y el llanto ardiente
Mi sed templaron. —Amistad sincera
Busqué en los hombres, y la hallé… Mentira,
Perfidia y falsedad hallé tan sólo.

Busqué el amor, y una mujer, un ángel
A mi turbada vista se presenta
Con su rostro ofuscando a los malvados
Que en torno la cercaban, y entre risas
De estúpida malicia se gozaban,
Que en sus manos sacrílegas pensando
La flor de su virtud marchitarían
Y de su faz las rosas… ¡Miserables!
¿Cuándo la nube tempestuosa y negra,
Pudo apagar del sol la lumbre pura,
Aunque un instante la ofuscó? ¿ni cuándo
Su irresistible luz el pardo búho
Soportar pudo?...

Yo temblé de gozo,
Sonrió mi labio y se aclaró mi frente,
Y brillaron mis ojos, y mis brazos
Vacilantes buscaban el objeto
Que tanto me asombró… ¡Vana esperanza!
En vez de una alma ardiente cual la mía,
En vez de un corazón a amar creado,
Aridez y frialdad encontré sólo,
Aridez y frialdad, ¡indiferencia!...
Y mis ensueños de placer volaron.
Y el fantasma de mi dicha huyóse,
Y sin lumbre quedé perdido y ciego.

Sin amistad y sin amor… (La ingrata
De mí aparta la vista desdeñosa,
Y ni la luz de sus serenos ojos
Concede a su amador… En otro tiempo—
En otro tiempo sonrió conmigo).
Sin amistad, y sin amor, y huérfano—
Es ya polvo mi padre, y ni abrazarlo
Pude al morir. Y abandonado y solo
En la Tierra quedé. Mi pecho entonces
Se oprimió más y más, y la poesía
Fue mi gozo y placer, mi único amigo;
Y misteriosa soledad de entonces
Mi amada fue.

¡Qué dulce, qué sublime
Es el silencio que me cerca en torno!
¡Oh, cómo es grato a mi dolor el rayo
De moribunda luna, que halagando
Está mi yerta faz! —Quizá me escuchan
Las sombras veneradas de los reyes
Que dominaron el Anáhuac, presa
Hoy de las aves de rapiña y lobos
Que ya su seno y corazón desgarran.
—"¡Oh varón inmortal! ¡oh rey potente!
Guatimoc valeroso y desgraciado,
Si quebrantar las puertas del sepulcro
Te es dado acaso, ¡ven! oye mi acento:
Contemplar quiero tu guerrera frente,
Quiero escuchar tu voz…".

II

Siento la tierra
Girar bajo mis pies, nieblas extrañas
Mi vista ofuscan y hasta el cielo suben.
Silencio reina por doquier; los campos,
Los árboles, las aves, la natura,
La natura parece agonizante.
Mis miembros tiemblan, las rodillas doblo,
Y no me atrevo a levantar la vista.
¡Oh mortal miserable! Tu ardimiento,
Tu exaltado valor es vano polvo.
Caí por tierra sin aliento y mudo,
Y profundo estertor del hondo pecho
Oprimido salía.

De repente
Parece que una mano de cadáver
Me aferra el brazo y me levanta… ¡Cielos!
¿Qué estoy mirando?...

—"Venerable sombra,
Huye de mí: la sepultura cóncava
Tu mansión es… ¡Aparta, aparta!...".

En vano
Suplico y ruego; mas el alma mía
Vuelve a su ser y el corazón ya late.

De oro y telas cubierto y ricas piedras
Un guerrero se ve: cetro y penacho
De ondeantes plumas se descubre; tiene
Potente maza a su siniestra, y arco
Y rica aljaba de sus hombros penden…
¡Qué horror!... entre las nieblas se descubren
Llenas de sangre sus tostadas plantas
En carbón convertidas; aún se mira
Bajo sus pies brillar la viva lumbre;
Grillos, esposas, y cadenas duras
Visten su cuerpo, y acerado anillo
Oprime su cintura; y para colmo
De dolor, un dogal su cuello aprieta.
"Reconozco, exclamé, sí, reconozco
La mano de Cortés bárbaro y crudo.
¡Conquistador! ¡aventurero impío!
¿Así trata un guerrero a otro guerrero?
¿Así un valiente a otro valiente?... Dije,
Y agarrar quise del monarca el manto:
Pero él se deslizaba, y aire sólo
Con los dedos toqué.

III

—"Rey del Anáhuac,
Noble varón, Guatimoctzin valiente,
Indigno soy de que tu voz me halague,

Indigno soy de contemplar tu frente.
Huye de mí". —"No tal", él me responde,
  Y su voz parecía
Que del sepulcro lóbrego salía.
—"Háblame, continuó, pero en la lengua
  Del gran Nezahualcóyotl".
Bajé la frente y respondí: "La ignoro".
El rey gimió en su corazón. —"¡Oh mengua,
Oh vergüenza!", gritó. Rugó las cejas,
Y en sus ojos brilló súbito lloro.

—"Pero siempre te amé, rey infelize;
Maldigo a tu asesino y a la Europa,
La injusta Europa que tu nombre olvida.
  Vuelve, vuelve a la vida,
Empuña luego la robusta lanza,
De polo a polo sonará tu nombre,
Temblarán a tu voz caducos reyes,
El cuello rendirán a tu pujanza,
Serán para ellos tus mandatos, leyes;
Y en Méjico, en París, centro de orgullo,
Resonará la trompa de venganza.
¿Qué destos tiempos los guerreros valen
Cabe Cortés sañudo y Alvarado
(Varones invencibles, sí crueles),
Y los venciste tú, sí, los venciste
En nobleza y valor, rey desdichado!".

—"Ya mi siglo pasó: mi pueblo todo
Jamás elevará la oscura frente,
Hundida ahora en asqueroso lodo.
Ya mi siglo pasó: del mar de Oriente
Nueva familia de distinto idioma,
De distintas costumbres y semblantes,
En hora de dolor al puerto asoma;
Y asolando mi reino, nuevo reino
Sobre sus ruinas míseras levanta;
Y cayó para siempre el mejicano,
Y ahora imprime en mi ciudad la planta
El hijo del soberbio castellano.
Ya mi siglo pasó".

Su voz augusta
Sofocada quedó con los sollozos;
Hondos gemidos arrojó del seno,
Retemblaron sus miembros vigorosos,
El dolor ofuscó su faz adusta,
Y la inclinó de abatimiento lleno.
—"¿Pues las pasiones que al mortal oprimen,
Acosan a los muertos en la tumba?
¿Hasta ella el grito del rencor retumba?
¿También las almas en el cielo gimen?".
Así hablé y respondió. —"Jóven audaze,
El atrevido pensamiento enfrena.
Piensa en ti, en tu nación; mas lo Infinito
No será manifiesto
A los ojos del hombre: —así está escrito.

Si el destino funesto
El denso velo destrozar pudiera
Que la profunda eternidad te esconde,
Mas, joven infeliz, más te valiera

Ver a tu amante en brazos de tu amigo,
Y ambos a dos el solapado acero
Clavar en tus entrañas,
Y reír a tu grito lastimero
Y, sin poder morir, sediento y flaco,
Agonizar un siglo, ¡un siglo entero!"

Sentí desvanecerse mi cabeza,
Tembló mi corazón, y mis cabellos
Erizados se alzaron en mi frente.
Miróme con terneza
Del rey la sombra, y desplegando el labio
Desta manera prosiguió doliente.—

"¡Oh joven infeliz! ¡cuál tu destino,
Cuál es tu estrella impía!...
Buscará la verdad tu desatino
Sin encontrar la vía".

"Deseo ardiente de renombre y gloria
Abrasará tu pecho;
Y contigo tal vez la tu Memoria
Expirará en tu lecho".

"Amigo buscarás y amante pura;
Mas a la suerte plugo,
Que halles en ella bárbara tortura,
Y en él feroz verdugo".

"Y ansia devoradora
De mecerte en las olas del océano,
Aumentará tu tedio, y será en vano,
Aunque en dolor y rabia te despeña,
Que el destino tirano
Para siempre en tu suelo te asegura
Cual fijo tronco o soterrada peña".

"Y entre tanto a tus ojos
¡Qué terrífico lienzo se despliega!
Llanos, montes de abrojos;

El justo, que navega
Y de descanso al punto nunca llega".

.....

"Y en palacios fastosos
El infame traidor, el bandolero,
Holgando poderosos,
Vendiendo a un usurero
Las lágrimas de un pueblo a vil dinero".

"La virtud a sus puertas,
Gimiendo de fatiga y desaliento,
Tiende las manos yertas,
Pidiendo el alimento,
Y halla tan solo duro tratamiento".

"El asesino insano
Los derechos proclama,
Debidos al honrado ciudadano.
Y más allá rastrero cortesano,
Que ha vendido su honor, honor reclama.
Hombre procaz que la torpeza inflama,
Castidad y virtud audaz predica;
Y el hipócrita ateo
A Dios ensalza y su poder publica".

"Una no firme silla
Mira sobre cadáveres alzada…

……..

"Ya diviso en el puerto
Hinchadas lonas como niebla densa;
Ya en la playa diviso
En el aire vibrando aguda lanza,
De gente extraña la legión inmensa.
Al son del grito de feroz venganza
Las armas crujen y el bridón relincha;

Oprimida rechina la cureña,
  Bombas ardientes zumban,
Vaga el sordo rumor de peña en peña,
Y hasta los montes trémulos retumban".

"¡Mirad! Mirad por los calientes aires
  Mares de viva lumbre
Que se agitan y chocan rebramando;
Mirad de aquella torre el alta cumbre
Cómo tiembla, y vacila, y cruje, y cae,
Los soberbios palacios derrumbando.
¡Escuchad! ¡escuchad!... ¡hondos gemidos
  Arrojan los vencidos!
¡Mirad los infelices por el suelo,
Moribundos sus cuerpos arrastrando,
  Y su sed ardorosa
En sus propias heridas apagando!
  ¡Oídlos en su duelo
Maldecir su nación, su vida, el cielo!...
  —Sangrienta está la tierra,
Sangrienta el alta sierra,
Sangriento el ancho mar, el hondo espacio,
Y del innoble rey del claro día
La faz envuelve ensangrentado velo".

"Nada perdona el bárbaro europeo:
Todo lo rompe, y tala, y aniquila
  Con brazo furibundo.

Ved la doncella en torpe desaliño
Abrazar a su padre moribundo.
Mirad sobre el cadáver asqueroso
  Del asesino aleve
Caer sin vida el inocente niño".

"¡Oh vano suplicar! Es dura roca
  El hijo del Oriente:
Brotan sangre sus ojos, y a su boca
  Lleva sangre caliente".

"Es su placer en fúnebres desiertos
Las ciudades trocar (¡Hazaña honrosa!)
Ve el sueño con desdén, si no reposa
  Sobre insepultos muertos".

  "¡Ay pueblo desdichado!
Entre tantos caudillos que te cercan
¿Quién a triunfar conducirá tu acero?
Todos huyen cobardes, y al soldado
En las garras del pérfido extranjero
  Dejan abandonado,
Clamando con acento lastimero:
¿Dónde Cortés está? ¿dónde Alvarado?"

"Ya eres esclavo de nación extraña,
  Tus hijos son esclavos,
A tu esposa arrebatan de tu seno…

¡Ay si provocas la extranjera saña!...".

"¿Lloras, pueblo infeliz y miserable?
¿A qué sirve tu llanto?
¿Qué vale tu lamento?
En tu agudo quebranto
Para el hijo de Europa inaplacable
Su más grato alimento".

"Y ni enjugar las lágrimas de un padre
Concederá a tu duelo,
Que de la venerable cabellera
Entre signos de gozo
Le verás arrastrado
Al negro calabozo,
Do por piedad demanda muerte fiera.
¡Ay pueblo desdichado!
¿Dónde Cortés está? ¿dónde Alvarado?"

"¿Mas qué faja de luz pura y brillante
En el cielo se agita?
¿Qué flamígero carro de diamante
Por los aires veloz se precipita?
¿Cuál extendido pabellón ondea?
¿Cuál sonante clarín a la pelea
El generoso corazón excita?"

"Temblad, estremeceos,
¡Oh reyes europeos!

Basta de tanto escandaloso crimen.
Ya los cetros en ascuas se convierten,
  Los tronos en hogueras,
Y las coronas en serpientes fieras
Que rencorosas vuestro cuello oprimen".

  "¿Qué es de París y Londres?
¿Qué es de tanta soberbia y poderío?
¿Qué de sus naves de riquezas llenas?
¿Qué de su rabia y su furor impío?
Así preguntará triste viajero;
Fúnebre voz responderá tan solo;
  ¿Qué es de Roma y Atenas?"

"¿Ves en desiertos de África espantosos,
Al soplar de los vientos abrasados,
  Qué multitud de arenas
Se elevan por los aires agitados,
Y ya truécanse en hórridos colonos,
Ya en bramadores mares procelosos?—
¡Ay de vosotros, ay, guerreros viles,
Que de la inglesa América y de Europa,
Con el vapor, o con el viento en popa,
A Méjico llegáis miles a miles,
Y convertís el amistoso techo
En palacio de sangre y de furores,
Y el inocente hospitalario lecho
En morada de escándalo y de horrores!
¡Ay de vosotros! Si pisáis altivos

Las humildes arenas deste suelo,
No por siempre será, que la venganza
Su soplo asolador furiosa lanza,
Y veloz las eleva por los aires,
Y ya las cambia en tétricos colosos
Que en sus fornidos brazos os oprimen,
Ya en abrasados mares
Que arrasan vuestros pueblos poderosos".

"Que aún del caos la Tierra no salía,
Cuando a los pies del Hacedor radiante
Escrita estaba en sólido diamante
Esta ley, que borrar nadie podría:—
El que del infeliz el llanto vierte,
Amargo llanto verterá angustiado;
El que huella al endeble, será hollado;
El que la muerte da, recibe muerte;
Y el que amasa su espléndida fortuna
Con sangre de la víctima llorosa,
Su sangre beberá, si sed lo seca,
Sus miembros comerá, si hambre lo acosa".

IV

Brilló en el cielo matutino rayo,
De súbito cruzó rápida llama,
El aire convirtióse en humo denso

Salpicado de brasas encendidas
Cual rojos globos en oscuro cielo;
La Tierra retembló, giró tres veces
En encontradas direcciones; hondo
Cráter abrióse ante mi planta infirme,
Y despeñóse en él bramando un río
De sangre espesa, que espumoso lago
Formó en el fondo, y cuyas olas negras,
Agitadas subiendo, mis rodillas
Bañaban sin cesar. Fantasma horrible,
De formas colosales y abultadas,
Envolvió su cabeza en luengo manto,
Y en el profundo lago sumergióse.—
Ya no vi más…
¿Dó estoy? ¿qué lazo oprime
Mi garganta?... ¡Piedad!... —Solo me encuentro…
Mi cuerpo tembloroso húmeda yerba
Tiene por lecho; el corazón mis manos
Con fuerza aprietan, y mi rostro y cuerpo
Tibio sudor empapa. El Sol brillante,
Tras la Tierra asomando la cabeza,
Mira a Chapultepec, cual padre tierno
Contempla, al despertar, a su hijo amado.
Los rayos de su luz las peñas doran;
Los árboles sus frentes venerables
Inclinan blandamente saludando
Al astro ardiente que les da la vida.
Azul está el espacio, y a los montes

Baña color azul, claro y oscuro.
Todo respira juventud risueña,
Y cantando los pájaros se mecen
En las ligeras y volubles auras.

Todo a gozar convida; pero a mi alma
Manto de muerte envuelve; y gota a gota
Sangre destila el corazón herido.
Mi mente es negra cavidad sin fondo,
Y vaga incierto el pensamiento en ella
Cual perdida paloma en honda gruta.

¿Fue sueño o realidad?... Pregunta vana…
Sueño sería, que profundo sueño
Es la voraz pasión que me consume;
Sueño ha sido, y no más, el leve gozo
Que acarició mi faz; sueño el sonido
De aquella voz que adormeció mis penas;
Sueño aquella sonrisa, aquel halago,
Aquel blando mirar… Desperté súbito;
Y el bello Edén desapareció a mis ojos,
Como oleada que la mar envía
Y se lleva después; sólo me resta
Atroz recuerdo que me aprieta el alma
Y sin cesar el corazón me roe.
Así el fugaz placer sirve tan solo
Para abismar el corazón sensible;
Así la juventud y la hermosura

Sirven tan solo de romper el seno
A la cansada senectud. El hombre
Tiene dos cosas solamente eternas:
Su Dios y la Virtud, de Él emanada…
Yo me sentí mecido de mis padres
En los amantes cariñosos brazos,
Y fue sueño también… —Mujer que adoro,
Ven otra vez a adormecer mi alma,
Y mátame después, mas no te alejes…
La amistad y el amor son mi existencia,
Y el amor y la amistad vuelven el rostro,
Y huyen de mí, cual de cadáver frío.

¡Venid, sueños, venid! y ornad mi frente
De beleño mortal; soñar deseo—.
Levantad a los muertos de sus tumbas:
Quiero verlos, sentir, estremecerme…
Las sensaciones mi alimento fueron,
Sensaciones de horror y de tristeza.
Sueño sea mi paso por el mundo,
Hasta que nuevo sueño dulce y grato,
Me presente de Dios la faz sublime.

Setiembre 16—27 de 1839

Al Señor don José Joaquín Pesado

Y el genio abrió la mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente
Al inmortal poeta
Cercó de rayos la gozosa frente.
Quintana

En abyección y sueño vergonzoso
Y en la superstición estaba hundida
Mi patria, subyugada por tiranos.
Que la pálida tea
De fanatismo alzaban

Por la ignorancia vil desnoblecida,
Aherrojada en cadenas del olvido,
Y envuelta en polvo y hórridas tinieblas.
Yacía sepultada
La sacra poesía.

Empero el mejicano alza la frente,
Y a sus antiguos héroes invocando,
El acero desnuda enmohecido,
Y sus altas proezas
Deja escritas con sangre:

Con negra sangre de tiranos fieros,
Que cobardes huyeron aterrados,
Con los débiles miembros temblorosos.
  Al escuchar del bronce
  El espantoso trueno—.

Nació la libertad: con ella nacen
Las artes, y las ciencias, y la gloria.
Y el genio entre las nieblas se levanta
  Con las sienes orneadas
  De inmarcesible lauro.

Así vese elevar de una caverna
La poderosa reina de las aves.
Y el vuelo remontando majestuoso.
  Palpa la lumbre pura
  Del astro refulgente.

Salud, genio inmortal, *Pesado* insigne:
Tú arrebatando a Lamartine la lira
Y al Rey poeta, en sones melodiosos
  Haces vibrar el aire
  Y enternecer los pechos.

Inspíranme tus versos delicados
Melancolía dulce y deleitosa,
Y palpitando de placer divino,
  Te dirijo un saludo

Encantador poeta—.

Émulo de León, genio sublime,
Resonarán tus cantos inmortales
Mientras tenga en la mente de los hombres
La noble poesía
Su flamígero trono

Cuando el mortífero hálito del tiempo
Convierta en ruinas a mi patria hermosa,
El viajero asentado en sus escombros,
Un suspiro lanzando.
Pronunciará tu nombre.

Agosto 11 de 1837

A la muerte de mi amigo don Antonio Larrañaga

¿Por qué, el aire surcando,
Dilátanse del bronce los sonidos;
Y sin cesar vibrando
Llegan a mis oídos
Profundos y tristísimos gemidos?

¿Por qué de muerte el canto
En torno dese féretro resuena?
¿Por qué el fúnebre llanto?
¿Por qué la amarga pena,
Los cirios, y el clamor que el aire llena?

Te miro ante mis ojos
Postrado sin aliento, amigo mío;
Y sobre tus despojos
Su manto negro y frío
Tiende la muerte con placer impío.

Y en alas de querubes,
Envuelta tu alma en esplendente velo,
Y entre rosadas nubes
Deja el impuro suelo,
Y blandamente se remonta al cielo.

¡Oh!, quien te acompañara!
Y ese mundo feliz que habitas hora
Contigo disfrutara,
Y la paz seductora
Que, sin turbarse, en él eterna mora.

En mi patria no viera
Sangre correr por la ciudad y llanos.
Y que entre rabia fiera
Hermanos con hermanos
Hasta hundirse el puñal pugnan insanos

Ni viera la perfidia
De nación, que risueña nos abraza,
Y bramando de envidia
Luego nos amenaza
Y en su mente infernal nos despedaza

Ni viera hombres malvados,
Que sin temer de Dios el alto juicio,
De la ambición guiados
Y el deshonroso vicio,
Despeñan mi nación al precipicio.

Ni con feroz despecho
La miseria, elevándose espantosa,
Cerrar contra su pecho
La humanidad quejosa

Y devorar sus lágrimas ansiosa.

Y el luto y exterminio,
En pos del hambre descarnada y yerta.
Extender su dominio
Sobre la tierra muerta,
Y a la peste letal abrir la puerta.

Feliz, mi caro amigo,
Feliz mil veces tú, que ya en el mundo
El dolor enemigo
Con brazo furibundo
No rompe tus entrañas iracundo.

Dichoso tú, que vives
Entre el gozo, la paz, la bienandanza;
Y no, cual yo, recibes
De amor sin esperanza
Zozobras y martirios sin mudanza.

Y no sientes el yugo
De la suerte pesar sobre tu cuello,
Ni el hombre es tu verdugo,
Ni con ansia un destello
Buscas de la verdad, sin poder vello.

Cuando el mundo habitabas,
Con la voz de amistad consoladora

Las penas aliviabas
De tu amigo, que ahora
Hundido en el pesar tu ausencia llora.

Al escuchar tus cantos,
Do la razón brillaba y la poesía,
Celestiales encantos
Mi corazón sentía,
Y en su mismo dolor se adormecía.

Si a tu alma por ventura
Le es permitido descender al suelo,
Cuando la noche oscura
Me traiga el desconsuelo
Ven a elevar mi pensamiento al cielo.

De mi agitado sueño
Las escenas de horror benigno ahuyenta;
La imagen de mi dueño
En vez dellas presenta,
Y haz que tu grata voz mi oído sienta.

Diciembre 17 de 1838

El Insurgente en Ulúa

No es novedad en su esquivo
Hado cantar el cautivo
Con el son de la cadena
Calderón: *Darlo todo y no dar nada*

I

Hundido en húmeda cárcel
Y de cadenas cargado,
Un preso desventurado
Mudo y abatido está.
Suspiros exhala el triste
Por la amada que está ausente,
Y vese lágrima ardiente
Por su mejilla rodar.

Su dicha antigua recuerda:
Cree mirar la luz del día,
Pero en la tiniebla fría
Se pierde aquella ilusión:
Entonces da hórrido grito
Que en la bóveda resuena,
Y redóblase la pena
Martirio del corazón.

Por libertar a su patria
Del español orgulloso,
En castillo tenebroso
Se le condenó a gemir.
Ni la muerte, ni alejarse
De su dueño le anonada,
Su patria está esclavizada…
¿Podrá dejar de sufrir?

II

En su pecho la calma
El mísero sintió que renacía,
Y el placer inefable ya tenía
Enajenada su alma.

En su engaño impaciente
Cree recobrar la libertad que anhela
Así con ilusiones nos consuela
La acalorada mente.

En lugar del quebranto
Que en sus gemidos antes anunciara,
Agora alza la voz robusta y clara,
Y principia su canto—.

III

"Cuando de Méjico
Pise la arena,
Luego mi pena
Se calmará".
"Veré las lóbregas
Montañas ásperas
Donde aclamárase
La libertad";

"Donde la rápida Bala silbosa
Muerte espantosa
Dio al español";
"Y el trueno horrísono
En grutas cóncavas
Y rocas áridas
Ronco sonó".

"¡O sol benéfico.
Allí ardoroso!
¡Cuán delicioso
Es tu calor!"
"¡O bellos árboles
Donde grabárase
Con buril sólido
Mi tierno amor!"

"Bajo ellos mi Ángela
Se reclinaba:
Yo la miraba
Lleno de ardor";
"Luego, exaltándose
Mi amor frenético,
Su seno mórbido
Besaba yo".

IV

Oye ruido de cerrojos:
Al punto suspende el canto,
Y su corazón le dice
Que vienen a libertarlo.
Ya se figura en su patria,
Y ya se mira en los brazos
De la hermosa a quien adora,
Y de sus padres amados.
La puerta se abre: unos hombres
Aparecen: y gritando
Pregunta al mísero preso:
—¿La libertad?... —¡Es cadalso!

Noviembre 19 de 1836

El soldado ausente

No así llores, hija hermosa,
Afanosa;
Que tu amante volverá,
Y gozoso estrechará
Esa tu cintura airosa.
—¡Ah! mi corazón me dice,
Madre mía,
Que muerte dio al infelice
Bala impía.

A lidiar está obligado
El soldado,
De su nación en defensa;
Si muere, de gloria inmensa
El mundo le verá orlado.
—¡Ah! mi corazón me dice,
Madre mía.
Que muerte dio al infelice
Bala impía.

Con semblante varonil
Su fusil
Sobre el hombro colocó
Y de ti se despidió

Lanzando suspiros mil.
—¡Ah! mi corazón me dice,
Madre mía,
Que muerte dio al infelice
Bala impía.

Ora al trueno del cañón.
Cual león,
En Tejas, tu dulce amigo
Combate al fiero enemigo
De su querida nación.
—¡Ah! mi corazón me dice,
Madre mía,
Que muerte dio al infelice
Bala impía.

Y al disparar cada tiro,
Un suspiro
Por su amante lanzará,
Y a sí mismo se dirá:
"Siempre en mi mente la miro".
—¡Ah! mi corazón me dice,
Madre mía,
Que muerte dio al infelice
Bala impía.

Después volará feroz
A la voz
De su capitán valiente,

Y al enemigo insolente
Despedazará veloz.
—¡Ah! mi corazón me dice,
  Madre mía,
Que muerte dio al infelice
  Bala impía.

En México, sí, triunfante,
  Arrogante.
Tras la tricolor enseña
Y al crujir de la cureña
Verás entrar a tu amante.
—¡Ah! mi corazón me dice,
  Madre mía,
Que muerte dio al infelice
  Bala impía.

En premio del pundonor
  Y valor
Que en el combate mostrara.
Le daré tu mano cara
Y cesará tu dolor.
—¡Ah! mi corazón me dice.
  Madre mía,
Que muerte dio al infelice
  Bala impía.

Marzo 15 de 1838

(Guerra a los Galos guerra)

No consintáis que extranjeros
Hoy vengan a sujetaros
Y mañana vuestros hijos
Sean de Francia un pedazo.
Romancero de Bernardo del Carpio

¡*Guerra a los Galos guerra*!
Megicanos, volad,
Los mares y la tierra
Con su sangre regad.

Nuestras frentes hundir en la arena
El francés orgulloso pensó
Y al echarnos la dura cadena
De sus débiles manos cayó.
Guerra etc.

Acorred al combate, guerreros:
Os espera la gloria en la lid,
Aprestad los tajantes aceros,
O la palma alcanzad o morid.
Guerra etc.

Empuñando ya os miro la lanza,
Ya resuena el clarín y el tambor,
Treme el *Galo* a la voz de venganza,
Y de guerra al horrible estridor.
Guerra etc.

Del guerrero es más grato al oído
El estruendo del rudo cañón,
Que escuchar inclinado, abatido
Dulces voces en regia mansión.
Guerra etc.

Levantando las frentes augustas
Vertís sangre con brazo tenaz;
Del caballo las manos robustas
Polvo arrojan del *Galo* a la faz.
Guerra etc.

De feliz libertad un instante
Vale más para el fuerte varón,
Que ha dormido en palacio brillante
Tres centurias de vil opresión.
Guerra etc.

Méjico 1839

Bailad! Bailad!

Con motivo de un baile en el teatro
al Excelentísimo señor Presidente,
la noche del 25 de Marzo de 1841

Mane, Thecel, Phares.
Daniel

Bailad mientras que llora
El pueblo dolorido,
Bailad hasta la aurora
Al compás del gemido
Que a vuestra puerta el huérfano
Hambriento lanzará.
Bailad! Bailad!

Desnudez, ignorancia
A nuestra prole afrenta,
Orgullo y arrogancia
Con altivez ostenta,
Y embrutece su espíritu
Torpe inmoralidad.
Bailad! Bailad!

Las escuelas inunda
Turba ignorante y fútil,

Que su grandeza funda
En vedarnos lo útil,
Y nos conduce hipócrita
Por la senda del mal.
Bailad! Bailad!

Soldados sin decoro
Y sin saber nos celan,
A donde dan más oro
Allá rápidos vuelan:—
En la batalla tórtolas,
Buitres en la ciudad.
Bailad! Bailad!

Ya por Tejas se avanza
El invasor astuto:
Su grito de venganza
Anuncia triste luto
A la infeliz república
Que al abismo arrastráis.
Bailad! Bailad!

El bárbaro ya en masa
Por nuestros campos entra,
A fuego y sangre arrasa
Cuanto a su paso encuentra,
Deshonra nuestras vírgenes,
Nos asesina audaz.
Bailad! Bailad!

Europa se aprovecha
De nuestra inculta vida,
Cual tigre nos acecha
Con la garra tendida,
Y nuestra ruina próxima
Ya celebrando está.
Bailad! Bailad!

Bailad, oh campeones,
Hasta la luz vecina,
Al son de los cañones
De Tolemaida y China,
Y de Argel a la pérdida
Veinte copas vaciad.
Bailad! Bailad!

Vuestro cantor en tanto
De miedo henchido el pecho
Se envuelve en negro manto
En lágrimas deshecho
Y prepara de Méjico
El himno funeral.
Bailad! Bailad!

JECONÍAS

Yo he cargado de amor el duro yugo…

Yo he cargado de amor el duro yugo;
Empero es siempre mi desdicha tanta,
Que la mujer trocándose en verdugo,
Mi corazón estruja con su planta.
Hacerme amante a mi infortunio plugo
De una joven y bella comedianta
A quien mi vida consagré sincero.—
. . . . . .

Talle gentil y magestad modesta,
Triste mirar y blanda compostura;
De su mal signo la señal funesta
Más y más precio daba a su hermosura.
Tan llena de atractivos cual honesta,
Nunca el brillo empañó de su alma pura;
Y era en aquel de corrupción pantano
Joya que adorna encallecida mano.

El postizo color con que cubría
La blanda palidez de su semblante
¡Oh cómo repugnaba al alma mía,
Que ama lo natural, no lo elegante!
Mas si verla lograba un solo día

Sin afeites ni adornos de farsante,
Sencilla, melancólica cuál era,
Crecía de mi amor la viva hoguera.

¿Qué me importaba a mí que su ejercicio
Infame fuera entre la gente necia
Si mucho más brillando junto al vicio
La alma virtud mi corazón aprecia?
—"Ignora los principios de su *oficio*
Porque su triste oficio menosprecia."
Decía un literato oficinista,—
Yo amaba a la mujer y no a la artista.

Cual de profunda mina en los horrores
Se hunde el ciego mortal buscando el oro
¡Cuánto tiempo entre ocultos bastidores
De mi pasión solicité el tesoro!...
Asaltan mi cabeza los furores
Al ver que pisa el profanado foro
Ante un público vil la que idolatro.
Ay de quien tiene amor en el teatro.

¿Y qué encontré? —Desdenes y desprecio,
Egoísmo… ¿Qué más?... Dolor y penas;
Turba incivil de comediantes necios,
Almas de orgullo y de ignorancia llenas.
Entre halagos vagando y menosprecios

Rompí desesperado mis cadenas;
Pero ¡cuánto padece quien audace
La venda de ilusión rasga y deshace!

Tú no quisiste corazón sincero,
Oh mujer, que buscabas inquieta
No sencilla pasión, sino dinero,
Un ente enriquecido, no un poeta.
Vas caminando por falaz sendero:
No la vista divagues indiscreta.
Verás ante tus ojos con espanto
Tras el gozo el dolor, rosa tras llanto.

Respetemos empero las desgracias
De joven que infeliz desde la cuna
De una madre cruel perdió la gracia
Y en las garras cayó de la fortuna.
¡Madre que ardiendo en impureza sacia
El deseo procaz que la importuna,
Y porque así el honor (¡honor!) lo exija
Como vil animal regala su hija!...

¡Madre!... ¡sagrado nombre! ¿y te profana
Una hembra criminal y disoluta
Que recogida en la opulencia vana
Lanza a su niña cual podrida fruta?
¿Madre será la impura cortesana

Que de zambras y crápulas disfruta
Mientras vaga su hija sin abrigo?...
Si tal es una madre, la maldigo.

No! No! Una madre a socorrernos vuela
Si el infortunio atroz nos amenaza;
Es enviado de Dios que nos consuela
Cuando el dolor nuestra alma despedaza;
Ángel que al niño cuando duerme vela
Y le sirve de escudo y de coraza.
Una madre es así —yo tuve una:
Robómela envidiosa la fortuna.

Adiós oh patria mía…

A mis amigos de Méjico

Alegre el marinero
En voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
De la cadena al ruido
Me agita pena impía.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

El barco suavemente
Se inclina y se remece,
Y luego se estremece
A impulsos del vapor.
Las ruedas son cascadas
De blanca argentería.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

Sentado yo en la popa
Contemplo el mar inmenso,
Y en mi desdicha pienso
Y en mi tenaz dolor.

A ti mi suerte entrego,
A ti, Virgen María.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

De fuego ardiente globo
En las aguas se oculta.
Una onda lo sepulta
Rodando con furor.
Rugiendo el mar anuncia
Que muere el rey del día.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

Las olas, que se mecen
Como el niño en su cuna,
Retratan de la Luna
El rostro seductor.
Gime la brisa triste
Cual hombre en agonía.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

Del astro de la noche
Un rayo blandamente
Resbala por mi frente
Rugada de dolor.
Así como hoy la Luna

En Méjico lucía.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

¡En Méjico!... ¡oh memoria!
¿Cuándo tu rico suelo
Y tu azulado cielo
Veré, triste cantor?
Sin ti, cólera y tedio
Me causa la alegría.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

Pienso que en tu recinto
Hay quien por mí suspire,
Quien al oriente mire
Buscando a su amador.
Mi pecho hondos gemidos
A la brisa confía.
Adiós, oh patria mía,
Adiós, tierra de amor.

A bordo del paquete—vapor Teviot, navegando de la Baliza de Orleans a La Habana
Domingo 12 de junio de 1842

Amigo, ¿quieres que en la patria mía...

Amigo, ¿quieres que en la patria mía
Levante el bardo su terrible acento,
Cuando al ver su nación en agonía
Siente cundir en su alma el desaliento?
¿Cuando busca y no encuentra unos oídos
Que a sus palabras presten atención?
¿Cuando en medio de pérfidos partidos
Tan sólo escucha lánguidos gemidos,
Que parten su sensible corazón?

Tiende la vista por do quiera y mira
Hundido un pueblo todo en la ignorancia,
Que en la miseria y desconsuelo espira
Sin perder de sus padres la arrogancia;
Que al ver de sus magnates la riqueza,
En vez de levantarse con furor,
Sacudiendo de su alma la pereza,
Sediento de opulencia y de grandeza
Se envilece y se arrastra sin pudor.

Del campo abandonado y ya perdido
Arranca al labrador el cortesano,

Para ser en soldado convertido
Y ser de su nación nuevo tirano.
¡Oye el motín! —con timidez zumbando
Ve el ciudadano las granadas ya.
El populacho vil, aprovechando
El desorden aquel, sale temblando
Para robar al que indefenso está.

Al arzobispo ve que te preside
En luenga procesión, pueblo sencillo,
Y al cielo alza la voz y ruega y pide
La destrucción del bárbaro caudillo.
Mas si éste en medio a la matanza vive
Y entra agitando pabellón triunfal,
Con repique y *Te Deum* le recibe
Y fastuoso banquete le apercibe,
Qué será escandalosa bacanal.

O callar o llorar —no queda medio:
Indignado estrellar la torpe lira:
Quien la llaga demuestra y el remedio
Desprecio y compasión tan sólo inspira.
¿Dónde tanta virtud? ¿Quién tan valiente
Mártir oscuro se decide a ser?
¿Quién tan osado elevará la frente
Para inclinarla luego tristemente
A un pueblo envilecido y al poder?

Véndete, bardo, adula y en la senda
Te verás de riquezas y de honores,
O de trovas poner pública tienda,
O gemir en miseria y sinsabores.
Véndete, que en salones de riqueza
De una turba cercado te verás,
Te arrullarán el pueblo y la grandeza,
Y al despertar, un lauro en tu cabeza,
Aunque empapado en sangre, encontrarás.

Yo presencié de mi país los daños;
La virtud anhelé (vano deseo):
Ebrio estoy de funestos desengaños
Y ni en virtud ni en patriotismo creo;
Y ya de rabia y de cansancio lleno
He aquí lo que demanda el corazón:
Un tirano sin máscara, ni freno,
Que de su voz con el terrible trueno
Despierte, agite mi infeliz nación.

La Habana, junio 14 de 1842

¡Oh tormento feroz! — Alarcos, llora

¡Oh tormento feroz —Alarcos, llora,
Que el verdugo cruel no ablandarás,
Y a la esposa infeliz que tu alma adora
A dar la muerte vas.

Y tu martirio crece, y crece el mío
Al escuchar la voz del trovador,
Y el rebramar del huracán sombrío
En cena del terror.

¡Alarcos, basta ya! sella la boca,
Huye, vuela veloz con tu Leonor,
¡Rompe! destroza la terrible toca
O muero de dolor.

¿Quién como tú en la tierra desdichada
Se encontró en tan horrenda situación?
¿Quién más que tú sintió despedazado
Su triste corazón?

¡Oh encanto sin igual de la poesía!
¡Oh poder del ingenio singular!
¡Que aduerme el alma en blanda melodía
Y hace dulce el llorar!

Prosigue, Milanés —tú, a quien el cielo
Prestó de vate el envidiable don,
Sigue y serás en tu admirable vuelo
De Cuba admiración.

Mas huye a las regiones donde al viento
El estandarte libertad alzó,
Que de tiranos el impuro aliento
Siempre el genio secó.

No empero el suelo pises triste y yerto
Do el hermano al hermano hunde el puñal,
Ni mucho menos el maldito puerto
Que a Heredia fue fatal.

Quien hoy te escribe, a ti desconocido,
Tus dulces trovas repitiendo irá,
Y el corazón de lágrimas henchido
Su pena olvidará.

Seguir tu vuelo en el poder no cabe
Del que aprendió a gemir, sólo a gemir,
Mas si elevar su voz, cual tú, no sabe,
Sabe al menos sentir.

La Habana, junio 1842

Alarcos infeliz, vano es tu ruego

Alarcos infeliz, vano es tu ruego,
Vanos son tus lamentos… ¿Por qué lloras?
No encontrarás la compasión que imploras
Y tu esposa inocente ha de morir.
Huye con tu Leonor, desventurado,
O al menos por piedad sella la boca:
Rompe, destroza la terrible toca
Que aliento falta ya para sufrir.

Rueda en el cielo tempestad sombría,
El viento cruza embravecido y zumba,
Y el rayo destructor brilla y retumba
Al compás de la voz del trovador.
Tú fuiste criminal. —Ya tu destino
Con sangre de Leonor será sellado,
Que al ángel de la muerte has convidado
En aquella tu cena de terror.

¡Grato poder del inspirado genio!
Encanto sin igual de la poesía,
Que el alma aduerme en blanda melodía
Y es dulce la inquietud del corazón.

Prosigue, Milanés, tú que conoces
Ese lenguaje mágico del cielo,
Sigue y serás en tu atrevido vuelo
De tu risueña Cuba admiración.

Mas huye a donde entronizado ondea
De libertad el estandarte al viento,
Que de tiranos el impuro aliento
Al genio daña y lo marchita en flor.
No empero pises las sangrientas playas
Do la discordia lanza horrendo grito,
Ni mucho menos el país maldito,
Que a Heredia fue de luto y de dolor.

Que allí tiranos ves —y o bien te arrastras
En el umbral de estúpido magnate,
O bien adulas, miserable vate,
A un pueblo corrompido y sin pudor.
Y ni el consuelo de llorar te queda,
Que a risa moverá tu triste llanto,
Y si retruenas en tremendo canto,
Serás víctima oscura de tu honor.

Jamás olvidará tus dulces trovas
Quien hoy te escribe, a ti desconocido,
Y el corazón de lágrimas henchido,
Estará siempre atento a tu cantar.

Eco hallarán tus versos en el pecho
Del que seguirte en su poder no cabe,
Mas si elevar su voz, cual tú, no sabe
Sabe al menos sentir, sabe llorar.

La Habana Junio, 1842

Ignacio
Rodríguez
Galván
Poesía selecta
se terminó de editar en marzo de 2017
en las oficinas de la Editorial Universitaria, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación